

LA NACION

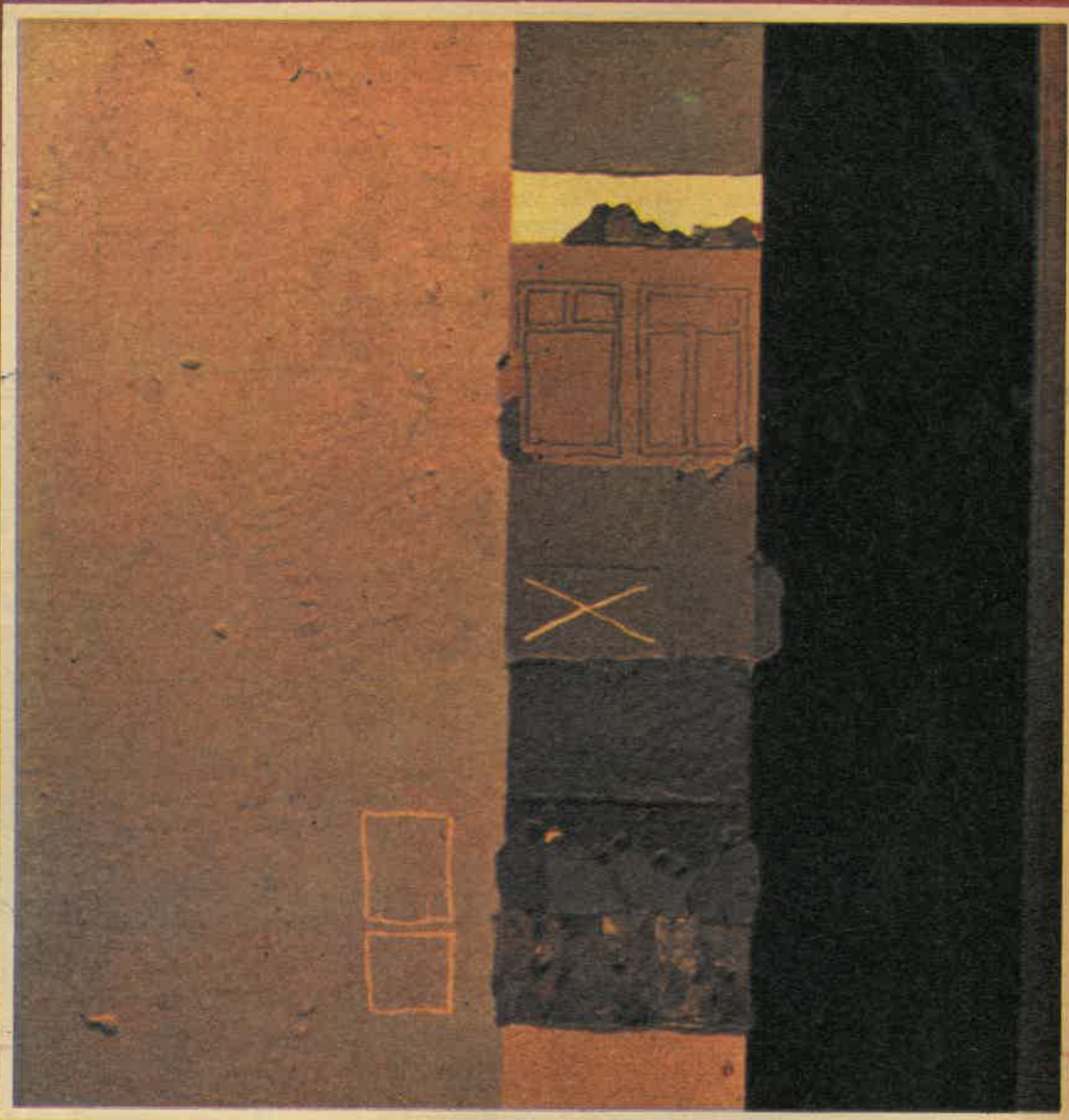
9 julio de 1978

**LAS HEREDERAS
DE MALENA
CUANDO ELLAS
CANTAN
EL TANGO**



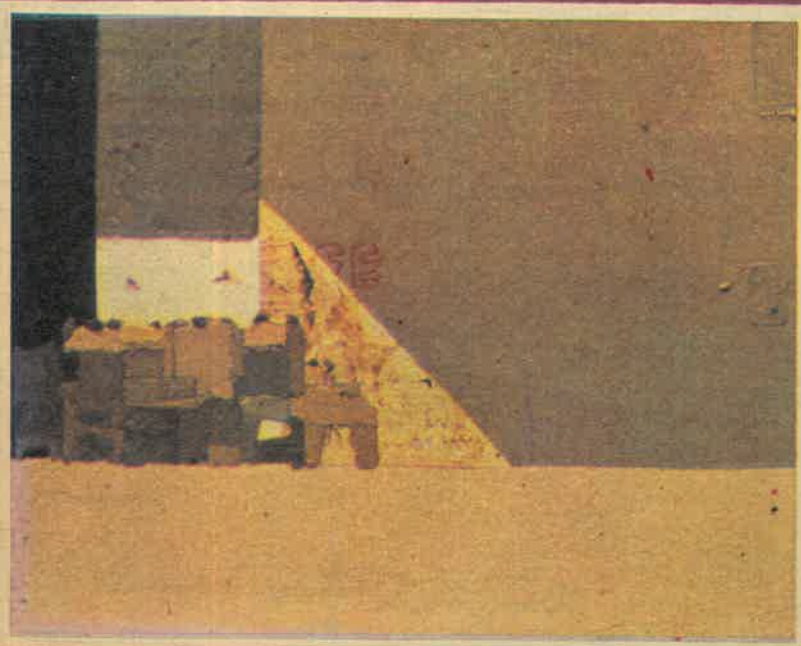
**CAROLINA
ESCENAS PARA
UN ALBUM
DE FAMILIA**

No se conocían sino de
 nombre; sin embargo, la
 soledad de las grandes
 capitales, las
 infinitas extensiones de la
 pampa han inspirado al
 plástico uruguayo
 Bruno Widmann y al poeta
 argentino Horacio Armani
 una serie de obras
 en las que se descubre la
 misma preocupación
 por el destino de
 los hombres que viven en
 "la ciudad" junto al
 río inmóvil"

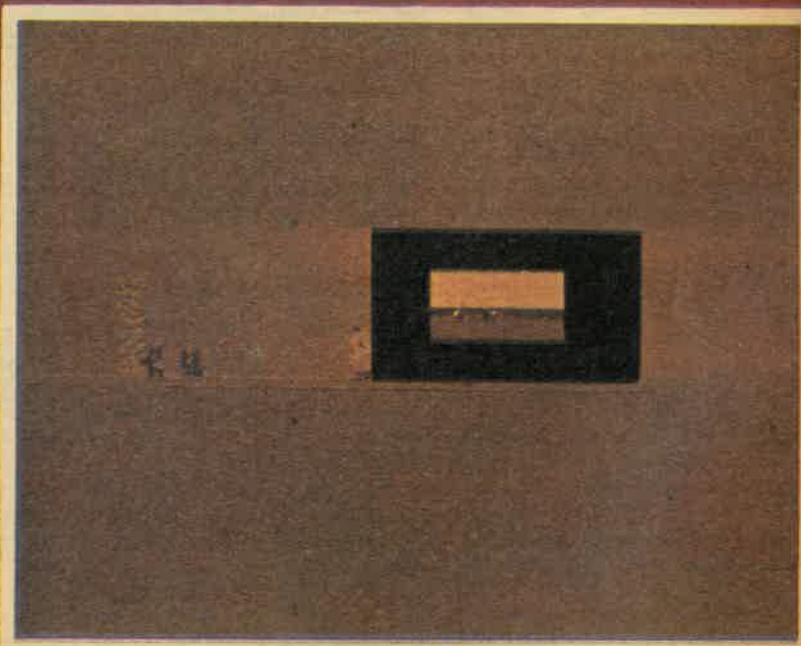


Y sería tan simple / si todos lo quisiéramos. /
 Porque a veces nos basta / mirarnos a los ojos / y preguntar
 qué pasa / para entender el mundo

CUANDO CREAR ES COINCIDIR



Líneas de costumbres, / paciencias
 comedidas / invitando al olvido,
 la ternura del mate / soslaya ociosamente
 / los riesgos de la tarde.



Entre espacio y espacio, / entre perduraciones
 y violencias / la vida hila su trama, /
 su amor, sus laberintos...

SIEMPRE se ha hablado de la influencia que el paisaje y el medio ejercen sobre pintores, músicos y escritores. Se trata de un poder que trasciende lo meramente anecdótico, y hasta las épocas distintas, para alcanzar dimensiones más profundas. La misma luz radiante y esplendente de los canales y plazas venecianas reina en las imágenes de Tiziano, y en compositores como Giovanni Gabrieli, por ejemplo. De allí que la confrontación de algunos poemas del argentino Horacio Armani y de ciertos cuadros del plástico uruguayo Bruno Widmann revelan un sutil parecido, un "aire de familia", un clima común, y hasta una temática semejante, aunque los dos hayan elaborado sus creaciones por separado.

En los versos de Armani y en las delicadas armonías de colores de Widmann se encuentran los interminables horizontes de los campos uruguayos o argentinos, las mismas aguas de un río que se extienden hasta semejar el mar, y un hondo sentimiento de soledad y angustia suscitado por esas infinitas llanuras que parecen aludir constantemente a un Dios cuya potencia es tan vasta como las leguas de agua y de tierra que rodean a los hombres.

—Siempre me atrajo la paz casi provinciana de Montevideo —confiesa Widmann—, me gustaría que la vida misma tuviera ese transcurrir calmo y melancólico de las tardes en los suburbios de la ciudad.

—Recientemente ha viajado a Francia, ¿no es así?

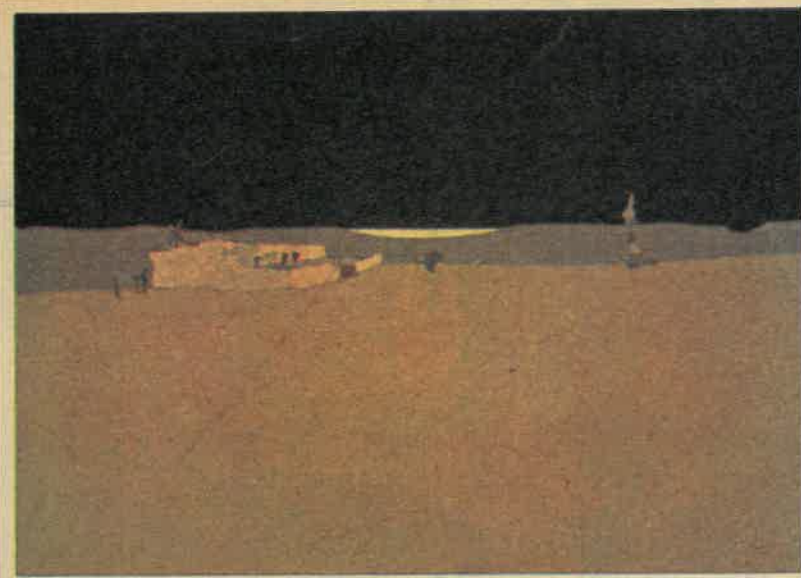
—Es verdad. Visité a Francia en varias oportunidades. En 1973 fui a París en viaje de estudios, invitado por el gobierno de ese país; después volví, en 1975 y 1976; la última vez, para realizar una exposición en la galería Arnaud.

—¿Usted también ganó un premio en España?

—Sí, en la VI Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes, que se realizó en Madrid.

—La estadía europea ¿influyó en su pintura?

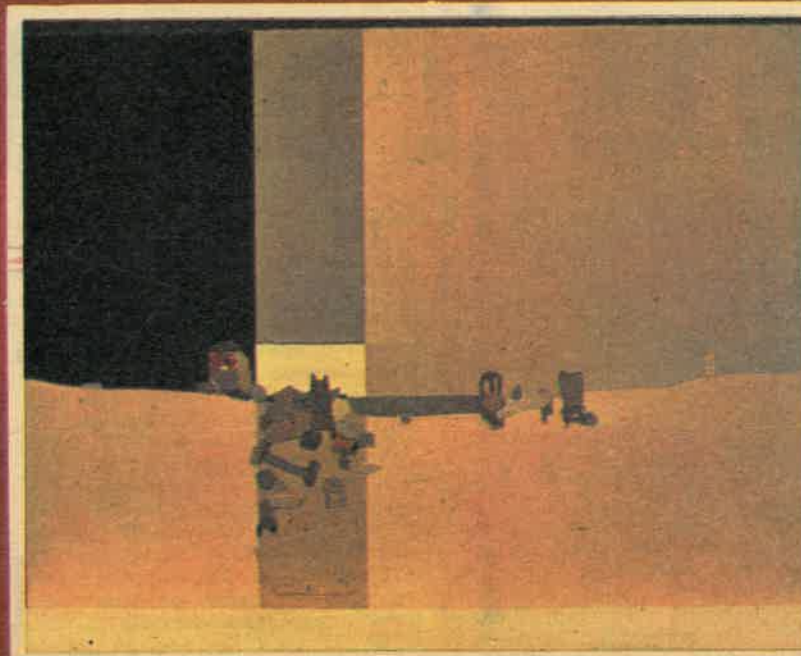
—No soy un pintor de un solo estilo, pasé por varios períodos, en los que se ve reflejada mi experiencia. Comencé siendo figurativo. Esa etapa culminó en 1959, cuando tenía 28 años. Después fui convirtiéndome en lo que se llama un pintor abstracto. Pero eso no ocurrió de un día para otro. Poco a poco fui eliminando de mis cuadros los objetos netamente identificables y substituyéndolos por signos máginos en relieve, que tenían el aspecto de jeroglíficos egipcios. En algún modo puede verse allí cierta influencia de las aspiraciones integracionistas de un uruguayo genial, Torres García. Ese proceso llegó hasta el año 1972. A partir de ese año, volvieron a aparecer en mis obras figuras



*Estoy en el más cruel sitio del mundo: / mi alrededor
es toda una ciudad / y sin embargo el llano
es quien la habita. / Vivir aquí da pequeñez al tiempo:
/ es un peregrinaje en el vacío.*



*Al sur de esta región vuelan los pájaros, / pero la tierra
es seca y cenicienta / y las ramas de los
árboles sueñan / a chatarra entre el viento. / Oh pájaros,
volad con alegría / alguien habrá compadeciéndome.*



*El claro ser y estar / de toda la esperanza
/ que ardía allí, aguardando*

de contornos "concretos" que se extendían horizontalmente sobre unos fondos abstractos en los que se destacan muy suavemente unos grafismos mágico-geométricos.

—¿Ese es el período de su obra que algunos llaman "pintura negra"?

—Efectivamente. De todos modos, me parece excesivo darle demasiada importancia a la aparición del negro en mis cuadros. Aparecen entonces grandes superficies planas en las que el horizonte es el verdadero protagonista, y pequeños cuadros o rectángulos en los que pueden verse, muchas veces en relieve, una ventana, una puerta, el interior de un hogar, una negra que camina por un patio y que evoca los cuadros de Figari. Son recuerdos de un pasado, no ya personal, sino de todo un país, de una cultura. Las rejas, las ventanas, las llanuras, esas mulatas que nos remontan a la Colonia, no son para nosotros, argentinos y uruguayos, símbolos esquemáticos, sino signos encarnados, unidos para siempre a los relatos y a las memorias de nuestros abuelos. Toda esa historia tan simple, en la que abundan los espacios de campos y ciudades regidos por el horizonte devorador, donde las curvas parecen desaparecer, tiene un valor entrañable para mí. Cierta vez, un crítico de arte me dijo que mis cuadros exigían adoptar una posición frontal para contemplarlos, y que esa posición, junto con la luz uniforme que los baña, parece inmovilizar el tiempo y el espacio. Quizá baste mirar el río que baña nuestras costas para darse cuenta de dónde puede surgir mi preocupación por el tiempo y la eternidad. Las aguas y la quietud de los campos son la imagen misma de ambos. Esa preocupación metafísica es común a muchos creadores rioplatenses. La poesía de Armani es, precisamente, un ejemplo de ello. La morosidad con que describe ciertos sentimientos, o ciertas costumbres, "la ternura del mate", por ejemplo, ilustran lo que digo. Es como si todo lo que hacemos o decimos llevara implícita esa comparación entre la vastedad de la llanura y del río, y los personajes cotidianos que pueblan la ciudad o el desierto, y que parecen, por esa misma desmesura, aún más pequeñas y conmovedoras. Por eso, me asombré mucho cuando leí una poesía de Armani que expresa con palabras lo que tantas veces quise decir con mi paleta: *Estoy en el más cruel sitio del mundo: / mi alrededor es toda una ciudad / y sin embargo el llano es quien la habita. / Vivir aquí da pequeñez al tiempo: es un peregrinaje en el vacío.*

Para ilustrar la relación entre pintura y literatura de la que se habla en la nota, se reproducen obras de Widmann, acompañadas por versos del poeta Horacio Armani.